

Consejo Pontificio "Justicia y Paz"

**9 de diciembre de 2014**

Buenos días a todas y todos,

Me llamo Laetitia y me alegro de esta oportunidad que me brinda el Consejo Pontificio « Justicia y Paz » de compartir con Uds. mi historia, mi experiencia como victima de acoso cibernético.

En el 2011, estaba en la escuela secundaria; tenía 17 años y preparaba mi diploma de Bachillerato ese mismo año. Vivía en Albi, a 85 Km. de Tolosa. Como muchos jóvenes de mi generación, estaba híper-conectada, enviaba sms el día entero y me conectaba a Facebook más de una decena de veces al día. Toda mi vida giraba entorno al liceo y mi medioambiente « Web ». Era bastante « popular » en esos tiempos. Tenía más de 400 amigos en Facebook y pensaba que era una demostración que « me querían ». Siempre fui una adolescente muy positiva y sociable; hablaba con mucha gente, disfrutaba la vida como cualquier adolescente de mi edad.

Un día, mi mejor amigo me envió un sms preguntándome porque mandaba mensajes tan extraños. Fue así que me di cuenta que alguien había creado una decena de cuentas Facebook que eran copias auténticas de la mía: misma foto, mismo nombre, misma presentación. Le escribió al conjunto de mis amigos: « Hola, ¿a caso has encontrado mi video porno? », un video que ¡obviamente no existe!

Fue así que empezó todo. Era marzo/abril de 2011:

* Chantaje: dame tu video y yo paro; saca fotos o te arruino la reputación…
* Cuentas atrás: en algunos días tendrás una sorpresa, J-5… H-3 H-2... Y al final de la cuenta regresiva recibía unos enlaces donde colocaba fotos de mi o mi número…
* También el acoso telefónico vino a perturbar mis días y mis noches: en la escuela recibía llamadas o sms todos los días; me decía que me veía, que estaba vestida de una forma u otra; que me veía ir a uno u otro sitio, que me seguía por todas partes…
* Mi acosador también me hablaba por medio de 5 o 6 cuentas Facebook diferentes; de momento era mi amigo, luego me insultaba…

Decidí rápidamente hablarlo con mis padres y juntos decidimos presentar un reclamo.

Cuando acudimos a la gendarmería por primera vez, el gendarme que nos recibió, se rió y me dijo que era suficiente suprimir mi cuenta Facebook y que la gendarmería no tenía dinero para gastar en esto puesto que no podía saber quien me estaba acosando.

El acoso siguió. Decidí entonces no hablar de ello con nadie. Tenía demasiada vergüenza y me sentía culpable.

Las pocas personas con la que me atrevía a hablar me hacían sermones y me decían que quizás me lo merecía un poco y que si no hubiese sido tan popular todo esto jamás hubiera ocurrido.

Fingía todos los días, iba a la escuela, sonreía, como si no pasara nada; sin embargo cuando regresaba a mi casa, dejaba de sonreír, dejaba de hablar, de comer y lloraba todas las noches.

Me sentía tan sola y al mismo tiempo mi acosador estaba por doquiera, siempre conmigo. No me sentía segura en ningún sitio. Incluso estar sola en mi habitación me asustaba. Cada aviso de Facebook me aterrorizaba; cada llamada ocultada o número desconocido me aguaba los ojos. Tenía miedo de todo y de todo el mundo.

Un día recibí un sms de su parte: «  Salgo ahora del despacho del encargado de vida colectiva de la escuela y no me fue bien; por lo tanto, te aviso, esta noche será una fiesta, ¡necesito desahogarme! »

Entonces salí inmediatamente de la clase y fui a ver el encargado. Le expliqué la situación y me dijo que recién había convocado uno a uno a los estudiantes de una clase de la que me mostró la lista. Solo conocía a una persona en esa clase, un muchacho. Lo fui a ver y le expliqué mi problema. Le di el numero de teléfono de mi acosador y el aceptó llamarlo en plena clase para intentar desenmascararlo. Mi acosador contestó la llamada y por fin supe quien era.

Lo esperé a la salida de las clases y le pedí que me diera su móvil pero se negó. Entonces llamé directamente y su teléfono sonó. Se puso a temblar, a farfullar diciendo que no era él…

Por la noche regresé a la gendarmería para finalmente presentar un reclamo con su identidad. Era el mes de mayo. Sentí que el gendarme no le atribuía ninguna importancia.

Al regreso le avisé a mi acosador que había presentado un reclamo en contra de él. Me contestó que no hubiera debido hacerlo y que hubiera sido peor. Su acoso siguió hasta finales del mes de junio.

El reclamo no cambió absolutamente nada; no tuvo efecto ninguno puesto que la gendarmería no llevó a cabo ninguna investigación.

Mi acosador luego me dijo que me dejaba tranquila durante el verano pero que regresaría y no me olvidaba.

Llamé a la policía constantemente durante ese verano. Cada vez me plateaban excusas o no estaban disponibles. En todo el verano, nunca convocaron ni cuestionaron a mi acosador.

Llegó el 6 de septiembre. Recién me había trasladado a Castres, a 45 Km. de Albi, mi ciudad, con mi mejor amiga. Iba a cumplir 18 años en dos días, tenía un apartamento nuevo y finalmente empezaba a revivir.

Esa noche recibí decenas de llamadas de desconocidos que me insultaban y decían obscenidades.

Terminé hablando con un hombre que me explicó que había encontrado mi número en un sitio Internet que decía que estaba abierta a todas propuestas eróticas o sexuales y que esperaba con impaciencia las llamadas.

Mi acosador había regresado… Lloré toda la noche. La pesadilla había vuelto a empezar. El me seguía, también en Castres.

Al día siguiente cambié mi número de teléfono y por consiguiente no recibí ningún mensaje para mi cumpleaños. Pasé mis 18 años sola, deprimida, asustada y consternada en casa.

Poco a poco, fui cayendo gradualmente en depresión; empecé a no asistir más a las clases; pasaba los días encerrada en casa. Miraba películas, tenía la mente ocupada, lloraba. Poco a poco me alejé de todos; de mi familia y mis amigos.

Luego empecé a pensar en el suicidio… me obsesionaba siempre; cada día, cuando estaba sola me decía « sería más sencillo si yo muriera ». Lo pensaba pero no tenía el valor de actuar.

Los policías no habían logrado cuestionarlo, pero había dejado de acosarme después de mi cambio de número.

El 10 de diciembre estaba supuesta salir con mis amigos pero la salida fue cancelada al último momento. Sola, en el apartamento, entonces decidí ver una película.

Durante la noche, recibí un sms de un numero desconocido: « Hey, ¿adivina quien ha regresado? »

Entonces me dio pánico, me eché a llorar, no podía más; había regresado. Me dije que todo había recomenzado; el reclamo había servido para nada.

Me sentía sola, abandonada, cansada de estar tan mal.

Comencé a beber las bebidas que había comprado para la salida que se había cancelado. Lloraba y bajo el efecto del alcohol, volvieron mis ideas oscuras.

Hasta ese momento yo no bebía alcohol. Tomé una copa, luego otra, luego una botella entera. Y luego otra. De repente decidí tomar todos los medicamentos que estaban en casa y me sentí mal. Me asusté y llamé a los bomberos.

Me desperté en el hospital; tenía las manos atadas y dos personas me tenían las piernas. Me metían un tubo por la garganta… ¿Como pude llegar a eso?

Pasé tres días sola, en una habitación sin visitas, televisión o revistas. Me debían ayudar a hacer mi aseo, mis necesidades… Me sentía humillada e inhumana.

Mantuve el secreto de mi intento de suicidio de mis padres por unos meses.

Hoy las cosas van mejor. Mi familia ha sido un gran apoyo. Veo a la vida en forma positiva pero sigo marcada por esta historia. Por este motivo, he decidido comprometerme con la lucha contra el acoso cibernético mediante mi testimonio y aceptando ser la patrona de la campaña del Bureau Internacional Católico para la Infancia (BICE), una campaña que se llama « Stop al acoso por Internet ». Esta campaña ha recogido 10.000 firmas.

No quiero hacer una mezcla entre las redes sociales, Internet y lo que me ocurrió. El problema está en el uso de todo eso. El problema es la sensación de inseguridad permanente que transmite el Internet y la soledad que deriva de ella.

Todo va mucho más rápido en el Internet. En pocos segundos miles de personas pueden compartir o ver algo comprometedor. Nos encontramos prisioneros frente a una multitud de personas, en su mayoría desconocidas.

No hay diferencia entre la vida privada y la vida pública. El acoso está presente, no importa donde, con quien sea y en cualquier momento.

La diferencia con la realidad es que nadie ve el sufrimiento; los agresores se sienten más fuertes detrás de una pantalla; no ven al sufrimiento del otro.

Desafortunadamente, no puedo voltear la página porque el proceso legal no se ha completado. De hecho, pasó más de un año entre mi reclamación y el comienzo del proceso legal. Luego el primer juicio ocurrió casi dos años y medio después de la presentación del reclamo, en noviembre de 2013. Mi acosador fue condenado a ocho meses de sentencia suspendida con dos años de libertad condicional, la obligación de curarse y 5000 euros de daños e intereses. Tras esta sentencia, mi acosador decidió apelar y desde entonces estoy esperando el final de esta pesadilla.

Hoy yo estoy comprometida; sin embargo, que hacen los adultos, ¿que garantías establecen para facilitar, asegurar y proteger el acceso a Internet y a las redes sociales de parte de los niños? Con el desarrollo del acoso cibernético y los dramas que le siguen, ¿que acciones concretas tienen intenciones de emprender los adultos para impedir tragedias futuras que afecten a los niños?

**Laëtitia Ghislaine Raymonde CHANUT**